

Pintura.

JESUS Y SAN JUAN, NIÑOS;

por

MURILLO.

Mientras un ingenio, que no pasa de la medianía, pretendiendo ser original da en amanerado, otro sobresaliente, sin caer en la fastidiosa uniformidad de aquel, imprime en todas sus obras un carácter con que de tal modo se las apropia, que no es posible se confundan despues con las de ninguno. Esto admiramos en nuestro Murillo, quien perfeccionado en manera con las copias que, bajo la direccion de Velazquez, hizo de cuadros del mismo y de otros escelentes de las escuelas Veneciana y Flamenca, contrajo un estilo diverso del de sus modelos, enteramente suyo, y á pesar de cuanto han procurado imitarle sus discípulos, verdaderamente inimitable. Asi, pues, no habrá quien al echar una ojeada á este lienzo, propio del Real Museo, no reconozca en él un cuadro de su tercer estilo. No hablemos del empaste, de la fluidez, de la suavidad con que está pintado: no digamos que la frescura, el buen gusto, la delicadeza, la variedad de las tintas en las carnes da idea de la circulacion de la sangre: tales prendas se ven en otros autores; pero sí notaremos que el efecto se produce aqui de un modo particular, que en el uso de los colores hay un arte que no puede esplicarse, porque los talentos limitados solo podemos descubrir ciertas máximas que adoptaron en sus composiciones los artistas insignes. Conforme á esto, reparando en el manto de carmin rebajado que tira á morado del Niño Jesus, advertiremos el color favorito de Murillo: mirando la luz ó color que mantiene el acorde general, hallaremos la dorada que reina en los cuadros de Murillo: considerando el partido grandio-

so y feliz de claro-oscuro que produce el tronco y hojas tostadas de un árbol, contrapuestos á un rompimiento de gloria; la ilusion, el encanto, el placer que siente la vista por el singular acierto con que están manejadas las luces y las sombras, nos dan á conocer inmediatamente á Murillo. Ni menos indican la mano de Murillo la composicion sencilla y el grupo de dos niños y un cordero, natural, gracioso, contrastado con belleza, sin afectacion ni estudio.

Una obra que á solo esto se redujese, una obra, quiero decir, que tuviese por objeto presentar á un niño dando cariñosamente de beber á otro, delectaria sin duda alguna; y ejecutada como acabamos de describir, bastaria para acreditar á su autor. ¿Y no hay mas en el cuadro de Murillo? No nos da aqui un juguete sino un misterio: porque este gran pintor, tan piadoso como hábil, consagrando su talento á la Divinidad, apenas empleó su pincel mas que en tratar cosas del cielo; y como su corazon tierno y sensible habia bebido el verdadero espíritu del Evangelio, todo dulzura, todo paz, todo bondad, retrata en sus producciones á la Religion con tal sinceridad, que le hace amar.

Los juegos pueriles, las ocupaciones domésticas, las lecciones de la niñez, el reposo de un alma virtuosa se ennoblecen, se divinizan en su mano: á cada paso ofrece á nuestros ojos el Criador, no cabalgando sobre los aquilones, quebrantando los cedros de Líbano, derritiendo como cera los montes, sino vestido de nuestra carne, complaciéndose en su anonadamiento, y como repitiendo aquella espresion: *mis delicias son estar con los hijos de los hombres*. Enagenado con la contemplacion de verdades sublimes, en los rasgos con que particularizó la idea de este cuadro, al mismo tiempo que recrea nuestra vista, eleva nuestra mente hasta el sόlio del Eterno. La inocencia, el candor, la tierna sonrisa, la amabilidad infantil son velos que esconden la magestad del que afirmó sobre sus eges el universo: el Cordero inmaculado en actitud reverente mira y nos significa que cede su lugar á la víctima señalada por el dedo de Dios en la eternidad, como única santa y aceptable en su presencia: otro niño, á la verdad miserable mortal, pero aun antes de nacer puro

como el lucero de la mañana, en lugar de los entretenimientos propios de su edad, ostenta el árbol de la Cruz, se postra ante aquel, á cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y se muestra sediento, no de las aguas de un rio de Palestina, sino de las que manando del trono de Dios, apagan la sed espiritual, é hinchen de deleites el corazon. Y el Salvador Niño al aplicar á sus lábios el agua santificante, señala con la otra mano al cielo, que cerrado al hombre durante cuarenta siglos, se abre entonces para franquearle la entrada, descendiendo los espíritus angélicos para adorar en la forma de siervo y en los primeros años de su vida mortal al Verbo, cuya generacion en el seno del padre no es dado á lengua criada referir y contar. El espectador al acercarse al cuadro y advertir lo que contiene, se olvida de que lo ha trabajado un hombre; adora al que le inspiró el pensamiento, y se retira lleno de respeto y veneracion.

Sus dimensiones son 3 pies y 8 pulgadas de alto, y 4 pies y 6 pulgadas de ancho.

J. M. y V.

La estampa de este cuadro ha sido publicada en la coleccion litográfica de cuadros del Real Museo.

Mi Esperanza.

¡Qué calor! arde mi frente:

Solo se escucha el zumbido

De las ramas, y el ruido

Que hace corriendo la fuente.

Y cuando todo está muerto,

Mudo, yerto,

Alzase sola mi alma

Cual la solitaria palma

De la arena del desierto.

Noche, á tu mansion umbría

Desciende ya presurosa,

A tu sombra silenciosa

Succeda el alegre dia.

¿Qué es á mis ojos tu encanto,

Ni ese manto

Rico de estrellas que ostentas,

Si con tu silencio aumentas

De mi corazon el llanto?

¿De qué me sirve admirar

De cien mundos luminosos

Los misterios tenebrosos,

Y asombrado contemplar

De la luna la carrera,

Que en la esfera

Brilla cual sello luciente

Que la mano omnipotente

En los cielos imprimiera?

Si al quererse levantar

El alma hasta el alto asiento

Del Sol, y del firmamento

Los misterios aclarar;

Húndese al fin desechada

De la nada

Hasta el abismo sin suelo,

Con el triste desconsuelo

De ver su ambicion burlada.

Sed ardiente que me abrasa;

Inmenso vacío, eterno,

Para quien es del infierno

El fuego, imágen escasa;

Yo del amor las primicias,

Sus delicias

Para saciarte busqué,

Y sed, y amargura hallé

En sus traidoras caricias.

Encontrar vida creyó

En su pasion delirante

Mi pecho, y un solo instante

Placer celestial gozó.

Asi la flor delicada,

Que inclinada

En el dolor se mecía,

Abre su cáliz al dia,

Del aire puro halagada.

Yo la ví; mi corazon
 La creyó luz de su vida;
 Mas pronto la fementida
 Esta mágica ilusion
 Con la traicion desgarrara
 Que ocultara
 Bajo su cándido velo:
 Angel la adoré del cielo,
 Y solo *muger* la hallara.

¿Qué me importa? ¡Maiquez! ¡Talma!
 ¡Veneracion de los hombres!
 A vuestros gloriosos nombres
 Se agita ardiendo mi alma.
 El arte en este vacío
 Mudo, frío,
 Y en mis dias de dolor,
 Como la aurora en la flor
 Derramará su rocío.

Cuanto en su mente encendida
 Hubo el poeta creado,
 Contempla el hombre asombrado
 Tomando á sus ojos vida.
 Y cien nombres eclipsados,
 Sepultados
 Entre los siglos sombreros,
 Por él renacen gloriosos
 Á las tumbas arrancados.

Por él de la Fé el sosten
 Veo en Oriente lidiando,
 Y en sangre infiel empapando
 Las arenas de Salen:
 Veo la hueste briosa
 Victoriosa,
 Cuyo ondeante crestón
 Miró en sus muros Sion
 Al plantar la Cruz gloriosa.

¡Libertad! Y al resonar
 Por él tu voz prepotente,
 ¿Do está el mortal que no siente
 Su corazon palpitar?
 Renueva allí la memoria
 De la gloria,
 Y las preces alcanzadas,
 Con sangre libre grabadas
 En las hojas de la historia.

¡Arte hermoso, celestial!
 Un Talma, un Maiquez creaste
 Y al orbe entero asombraste;
 Y de su gloria inmortal
 Su edad dichosa llenando,
 Rebosando
 No á contenerla bastó,
 Y en los siglos la vertió
 La eternidad inundando.

¡Maiquez! ¡Talma!.... Fuera en vano
 Aspirar á tal memoria;
 Mas de las hojas de gloria
 Una descienda á mi mano,
 De esa corona querida
 Desprendida;
 Ella refresque mi frente,
 Y baje luego á occidente
 El postrer sol de mi vida.

JULIAN ROMEA.



COSTUMBRES.

El Sereno.

Pocas personas hay que se encuentren en el caso de observar mejor y con mas ventajas que los nocturnos rondadores, á quienes por lo general se da el nombre de *Serenos*. Lástima es por cierto que uno de aquellos hombres que nacen dotados

*

con el talento necesario para examinar críticamente á sus semejantes, no se colocase en la posición del que, obligado á permanecer dentro de un espacio limitado y á velar por la seguridad del vecindario, presencia necesariamente las ocultas intrigas, los secretos mas escondidos; cuando no está en el caso de ser parte activa en ellos. ¡Cuántas y cuantas cosas tendria que saber ó cuando menos sospechar, particularmente en una ciudad tan populosa como Madrid!.....

Porque un sereno es, á la verdad, la persona cuyo permiso se necesita mas, para hacer todas aquellas cosas que sin ser buenas, tienen con todo un atractivo tal, que no hay quien haya llegado á desterrarlas por mas que haya trabajado en conseguirlo. Es un sereno semejante á la conciencia, en las personas que la tienen un poco ancha; porque presencia y toma cuenta de las cosas que se hacen, y no se rebela sino para oponerse á las de gran monta; v. gr. los robos, los escándalos, los asesinatos &c., saltando fácilmente por todo lo demas á poco que se le quiera halagar. Y parece-se ademas á la conciencia, en que no duerme y debe observar siempre lo que pasa. Tambien se asemeja al tiempo; por la razon de que, fijo y constante en el ejercicio de sus funciones, ve suceder con rapidez todas las escenas de la vida humana; las estaciones, las tormentas, las revoluciones físicas, morales y políticas, sin que su marcha varíe una línea de lo que fue *ab initio*.

Yo siempre que al retirarme de noche he visto á uno de estos seres sentado en el dintel de alguna puerta con su capoton, su farol y su chuzo, mirando pasar uno tras otro á tantos y tan diversos personajes; uno que va de prisa, otro que camina sosegado, aquel que sale cantando de la tertulia, estotro que va llorando á buscar el médico ó la unción, los que riñen, los que se enamoran, los que tocan y bailan, las carretelas del magnate, los carromatos de la limpieza, he pensado en lo mucho que pudiera reflexionar semejante hombre (que no lo hará por cierto) asi como en la paciencia que para tal oficio debe necesitarse.

Es un sereno divinidad nocturna, á quien todo se sujeta, que de todo juzga breve y sumariamente en el término puesto á su cargo, sin mas

restricción que su misma bondad; y ¡cosa rara! extraño y poco repetido es el caso en que deje de hacerla con razon y exactitud. Aqui, cual si de molde fuera, se me ocurre una advertencia para los que nos los pintan como á quienes carecen de virtudes privadas. Averigüen estos señores lo que un sereno tiene á su cargo y buen arbitrio, lo malo que pueden y lo bueno que hacen, y díganme luego si hay ó no elementos para que las virtudes prosperen en donde tales hombres se conservan puros: y cuenta con que si examinamos á otras clases de la sociedad, hallarémolos no pocos ejemplos muy parecidos á este.

Estas y otras reflexiones, que por no cansar callo, me llevan insensiblemente á figurarme lo que ve un hombre de estos, de tal manera que me parece estarlo presenciando como él, aunque no tan insensiblemente. Póngome por lo tanto en su lugar y todo lo veo palpablemente: lo veo, lector; y allá va el artículo de costumbres para que te distraiga si es bueno, que no lo creo del todo, ó te duermas si es malo, y en esto se parecerá á otras muchas cosas que por buenas quieren pasar. Hágome en fin sereno; visto el capoton, calo la capucha, empuño mi chuzo y..... á la calle que ya son las diez.

Como á estas horas la gente pasa con frecuencia, tambien son mas frecuentes las ocasiones de que un raterillo se luzca, y aqui de mi vigilancia; paseo una vez y otra la manzana sin dejar cosa que no examine, ni personage á quien desde mi capuz no observe. Pero nada; las campanadas del reloj van anunciando que los cuartos y medias horas desde las once se van hundiendo en la eternidad, sin que ocurra accidente alguno. Solo un borracho me ha preguntado, el porqué de cerrarse las tabernas tan temprano, puesto que no son mas que las siete y media, y cómo es que á la casa de enfrente no la apuntalan, cuando, segun sus ojos, se está cayendo á pedazos.

Dan en esto las once y resuelvo descansar un rato: la noche está clara y templada que da gusto. Buena es esta puerta para sentarme, con que siéntome. Al lado hay una casa donde viven un abogado, un sastre, una tendera, un cartero, un empleado, y por las boardillas qué sé yo quien. Al

otro con corta diferencia sucede lo mismo, item mas, una casa de huéspedes. En frente se repite la propia mezcla, pero en el cuarto principal hay tertulia (si no fuera sereno diria *soirée*.)

— ¡Las once en punto y sereno...!! grité pausadamente al sentarme, y á pocos pasos oigo decir:

— Las once!.... A buena hora llego: y saltando, brincando, estirándose la corbata y atusando la cabellera veo pasar como una vision á un almivado elegante, que cuatro á cuatro se traga las gradas por la escalera de la casa en que hay tertulia. Vive en ella un prócer.

— Patrulla..... alto!.... frent...!.... Descansen!.... en su lugar..... descanso!....

— Buenas noches, mi alferéz.... fumarémos y... despues.....

— A romper filas.

— Vaya un servicio éste de patrullas; mejor quiero una guardia en el hospital.

— Yo no sé por qué me ha de tocar siempre de patrulla.

— Quien tiene la culpa es el primero.

— Al primero se le figura que está mandando guardias valonas.

— No; pues es un buen sugeto.

— Buen sugeto.....

— Muy liberal.

— Si; pero con mucho orgullo y muy parcial... muy.....

— El que me gusta es el teniente.

— ¿Ha leído V. la Abeja?

— Para quemarla..... yo no leo mas que el Eco y la Revista..... Estos si que son buenos..... como que en la Revista escribe Galiano y en el Eco Caballero..... de la oposicion al fin.

— Ya han dado las once.

— Embainen!.... al hombro!.... present..... levanten..... rompan filas.

— Buenas noches.... A Dios señores.... Manolo!... Juan!.... Hasta la vista..... Descansar.

Poco á poco se han ido perdiendo los sonidos hasta volver á quedarse todo en tranquilidad. Los ciudadanos armados han desaparecido.

En frente suenan los agitados compases de la mazourka, mezclados con el continuo murmullo de las conversaciones. Hace calor, y por eso los

balcones están abiertos. Desde mi sitio veo reflejarse las luces en las cortinas y dibujadas las sombras de los concurrentes. Parécense á las fantásticas visiones que debe imaginar un calenturiento. ¡Cómo se divierten!.... ¡Mal haya la ocurrencia de haberme metido á sereno! ¡Cuántas bellas!.... A propósito, una acaba de llegar..... sola..... en un landó..... ¡qué bonita!.... ¿Dije sola?... mentira; porque ó yo estoy ciego ó segun he visto un elegante se ha asomado á la portezuela..... despues que ella ha bajado. Tambien me parece haber oido decir á la dama en dulcísimo tono: “¡Cuidado con faltar! Me enfadaré si no viene V. pronto.”

— Sereno ¿qué hora es? (pregunta uno que pasa.)

— Las once y cuarto van á dar.

— Gracias.

En frente de mí una trapera me hace acordar de aquellos versos de Quevedo donde tambien pinta á

Una incrédula de años

De las que niegan el fué

.....

Buscando en los muladares

Los abuelos del papel.

Y de corrido se reproducen en mi fantasia todas las reflexiones que tan felizmente hace en ese precioso romance el Caballero de Santiago.

Sacóme de ellas la llegada de un tilburí del que ví bajar al petimetre del landó: y esta transmutacion me llevó á pensamientos tales, que sin querer hube de sonreirme. Alcé la vista á poco y me pareció ver en el balcon asomados al que acababa de entrar y á la dama de antes; y volví á sonreirme. No siempre puede un hombre estar serio.

Sonó en esto la vidriera de un entresuelito á mi izquierda, y vi que se asomaba una muger mirando arriba y abajo de la calle, y que chicheaba misteriosamente: y al instante noté que se acercaba un embozado el cual, recibida una llave, abrió la puerta de la calle y se metió por ella dejando entornado. No quise hacer malos juicios, pero se me figuró que la asomada era la hija del sastre; y en cuanto al amige.....

Resolví dar una vuelta, y me levanté para hacerlo así: tomé por la derecha diciendo para mí: Si posible fuese que á un mismo tiempo desapareciesen los techos de pronto, y se iluminasen ahora las casas por lo interior y se pudiese en fin ver todo; seria como en el día del juicio; los muertos segun nos dicen buscarian entonces sus huesos; y lo que cada persona andaria en este momento buscando seria el puesto que le corresponde, ó las prendas que le pertenecen ¡y sabe Dios si las hallarian y donde!....

— ¡Tunante, pillo, ladron!!

— ¡Calla muger, calla.... y no me des que sentir, porque vive Dios....!

— ¡Borracho!.... ¡Ay, que me mata!.... Si señor, borracho.... ¡Ay!.... ¡Ay!

— Abran Vds. al sereno.... pronto.... pronto.... ó voy á llamar al alcalde de barrio.

Era que el zapatero de la esquina sacudia á su muger el polvo; esta chillaba y los chiquillos tambien, y los trastos rodaban por la tienda, y el marido ensartaba cada voto que podria levantar á un muerto.

— Abrir al sereno, decia yo con tono imponente, ó mando echar la puerta abajo.

A mi rededor habia ya sus cuarenta personas con la boca abierta, preguntándose lo que era, y sin saber mas que lo que yo sabia. Abrió por fin el maestro de obra prima, y presentóseme delante en calzoncillos con un candil en la mano. La tienda estaba en la mayor confusion; todo andaba revuelto por el suelo; los chiquillos alzaban el grito que taladraban los oidos, y tan sucios, tan desguañados que el verlos era un contento: la muger sollozaba que parecia que iba á morir ahogada en el rincon donde estaba hecha un rio y medio tapada con las greñas.

— Esta muger me ha de poner á mí en la plazuela de la cebada. Yo te diré grandísima tal, si soy borracho.

— Ya se ve que lo eres.... Borrachon!

— Mira, muger, que te mato.

— Borrachon!

— Silencio! ó todos van al bivac. Nunca se pega de esa manera á las mugeres.

— Mire V., yo la pego á la mia porque quiero.

-- Pues no la pegará V. mas.

-- Pues si la pegaré.

-- Pues vendrá V. á la cárcel.

-- Pero la pegaré.

-- Si señor, me pegará.... que para eso es mi marido.... dijo levantándose muy enfadada la muger....

-- Ya.... si eso es así, corriente. Péguense Vds. muy en hora buena, y gocen por mil siglos de sus bofetadas.

Salime, dicho esto, y seguí mi ronda admirando á mas no poder la felicidad de que se debe gozar en el santo matrimonio (sepa el lector que todavia no pertenezco á la dichosa hermandad. ¡Dios me libre!!)

La gente tambien desapareció en breve. Todo volvió á quedar solo. Pasaba yo por una puertecita, y habiendo oido un como murmullo detras de ella, tuve por conveniente pararme por escuchar lo que era.

-- ¡El tonto, cómo duermel!

-- Dejémosle en paz.

-- Pero chico, no puedo tener la risa cuando reñimos, y despues de mil dengues le obligo á que me pida perdon.... ¡qué bueno es!

-- ¡Alma mia!

-- ¡Cuánto te quiero!

-- Y eso que el sitio es incómodo.

-- Si por cierto.

-- Solo por tí vendria yo aqui, espuesto á que un sereno crea que soy algun ladron, á que me coja un vecino ó me muerda un perro.

-- ¿Pues y yo?

-- Tambien, vida mia, te espones tu; pero la puerta de tu casa está aqui cerca, y con meterte en ella....

-- No te puedes figurar lo que siento que el cuarto sea tan estrecho y que no puedas entrar....

-- ¡Antonia!.... ¡Antoñita! hija ¿estás mala?.... ¿por qué te has levantado? (dijo desde dentro una voz cascada.)

-- ¡Ay Dios que ha despertado!

Por pronto que quise separarme ya no pude evitar el encontron, que al salir dió conmigo el dichoso ayudante de aquel esposo; ni mucho menos el que, poseido de miedo al verme, apretase

de piernas como alma que se la llevan los demonios.

¡Bienaventurados los mansos, porque de ellos es el reino de los cielos! iba yo murmurando, cada vez mas convencido de lo que gana un casado siempre que á su muger se le antoja, que si suele antojárseles.

-- ¡Ladrones!.... ¡ladrones!.... ladrones!

-- ¡Ola! esto ya es otra cosa, y saqué mi silvato; y en poco tiempo tenia á mi lado una media docena de compañeros y otros tantos Urbanos, con mas de veinte vecinos honrados semi-vestidos.

Sonaban los gritos en la boardilla; por lo que llamamos á la puerta de la casa donde sonaban: abrióla un tendero refunfuñando; subimos la escalera: llegamos arriba: despertamos á todos los vecinos, por señas que nos recibieron renegando: entramos por fin en un cuartito, que era en el que gritaban; y hecho el registro, hallamos que todo el susto provenia de que, escapada una mona que en el cuarto principal tenian, habia logrado llegar al tejado y meterse por la ventana (abierta en razon del calor) dentro del cuarto de aquella muger, que era planchadora. Encontramos á la mona subida en un vasar, rodeada de platos rotos, rasándose la barriga al vernos, y enseñándonos los dientes..... Entonces fue de oir lo que cada cual espetó á la pobre planchadora, unos en chanza, otros de veras y muchos insultándola. Con lo que, recogida y vuelta á su dueño la dichosa mona, descansamos de aquel cuidado y cada mochuelo volvió á su olivo: menos yo, que fastidiado de andar enderecé para mi antigua puerta en donde volví á sentarme.

Alli estaba entre dormitante y reflexivo, cuando la conversacion de dos concurrentes á la tertulia fronteriza vino á sacarme de aquella especie de letargo.

-- ¡Qué hermosa es!

-- ¿Tú la quieres?

-- Sí; con el alma y la vida.

-- ¿Y su marido?

-- ¡Su marido es como todos!.... ¡Ya lo sabes, es ambicioso! solicita destino, no piensa en su muger sino como en un medio de atraer la gente. ¡Es tan bella! Pero no la ama; la deja en li-

bertad..... solo la exige que de vez en cuando visite al marques de..... Ya puedes pensar quien: goza de gran favor. Yo la acompaño, porque el mismo esposo me lo manda. Entra ella y yo la aguardo. Ayer, si la hubieras visto salir ¡qué linda! venia agitada; porque, segun me dijo, las instancias que hizo para que colocasen á su Manuel (asi llama al marido) fueron de las mas vivas. Dice que lo que desea es que le destinen, que se marche, y quedarse aqui en donde libres ya seremos tan felices.....

-- Ea, pues buenas noches, y.... yo te doy la enhorabuena (respondió el que escuchaba, sonriéndose á mi ver con malicia.)

Eran, cuando esto pasaba, las tres menos cuarto. Ni un alma transitaba ya por las calles. Solo de vez en cuando llegaba un coche á la casa de enfrente de donde poco á poco todos se iban retirando. Salió por fin el último: las luces se apagaron; los balcones fueron cerrados; el portero cerró asimismo la puerta; la calma mas completa sucedió al movimiento de la animacion, que ya con mas, ya con menos grado habia poseido aquellos lugares.

¡Cuántos y cuántos proyectos, decia yo, irán formados!.... ¡qué pocos serán los que se cumplan!.... ¡Amor!.... es un engaño..... ¡Amistad!.... casi lo es, y no digo que lo es porque tengo un amigo..... ¡Honor!.... aqui del que exclamó ¡dónde diablos ha querido anidarse el honor!.... que lo diga sino el marido de Antoñita, ó el esposo de la que visita al marqués de..... ó el sastre de mi izquierda. ¡Felicidad conyugal!.... al zapatero me atengo. ¿Con qué estas palabras no tienen objeto real á quien representar? Poco me falta para decir que no. -- ¿Y las virtudes? -- No sé. -- ¿Y los vicios? -- Eso, sí..... ¿Es decir que todos los hombres son malos? -- No del todo..... así..... así..... tienen una mezcla..... son entreverados..... ¡Oh desgracia! ¡Oh fortuna! -- ¿Por qué es fortuna? -- Porque es fortuna el conocerlos. -- ¿Y qué, los conozco yo? -- Tampoco.

El rechinar de la puerta inmediata, dando salida al embozado amante de la hija del sastre, me sacó de este laberinto de preguntas en que me habia metido. Por lo pronto, digo, éste ha sido

feliz, y la que le esperaba tambien ; cuánto mejor hubiera yo pasado la noche haciendo otro tanto!

Amanecía ya, cuando esto pasaba: las puertas comenzaban á abrirse; el aceitero, las aguardenteras y panaderos transitaban por las calles; el lechero de la esquina establecia su mesilla; de cada puerta iba saliendo ya un chico, ya una criada, ya un asturiano; todos cargados con sus cestas. Parábanse los mas en la tienda donde tomaban el aguardiente. Yo tambien entré á tomarlo, y alli escuché cosas que tal vez me hagan escribir en lo sucesivo otro artículo. Por fin cargado de sueño fuí á dormir. Al marcharme ví salir á la del sastre para barrer la puerta: era bonita; estaba como pensativa; un poco pálida y ojerosa..... envidia me dió del que ocupaba su imaginacion, y pensando en esto me olvidé de todo lo que antes habia discurrido.

L. G. BRABO.



LA TIMIDEZ.

Romance.

A las márgenes alegres,
Que Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna;
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
A España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras.

Mas festiva que las auras,
Mas ligera que la espuma,
Hermosa, como los cielos,
Gallarda, como ninguna;
Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazon que no robe,
Ni quietud que no destruya.

Asi Rosalba se goza;
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empeña la suya.

Lisardo, jóven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos, que por Rosalba
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso en fin, si supiera
Que audacias amor indulta,

Idólatra mas que amante,
Con adoracion profunda,
Á Rosalba reverencia,
Y deidad se la figura.

Un dia alcanza otro dia,
Sin que su amor la descubra,
El respeto le encadena,
Y ella, su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos
Digeran que mas presuma;
Pero el comedido amante
Ó las huye, ó no las busca.

Perdido y desconsolado,
Una noche en que Natura
A meditacion convida
Con su pompa taciturna;

Mientras el disco mudable,
En que ceñirse acostumbra,
Entre celages de nacar
Esconde tímida luna,

Al márgen del manso rio
La inocente suerte acusa;
Y asi fatiga los aires
Con endechas importunas.

«Baja á tu suelo,
 » Amor altivo,
 » Mira que al cielo
 » Osado vá;
 » Buscas en vano
 » Correspondencia,
 » Amor insano,
 » Déjame ya.
 » Déjame el alma,
 » Que, otra vez libre,
 » Plácida calma
 » Vuelva á tener.
 » ¡Qué digo! ¡nécio!
 » El cielo sabe
 » Si mas aprecio
 » Mi padecer.
 » Gima y padezca,
 » Una esperanza
 » Sin que merezca
 » Á mi deidad;
 » Sin que la pida
 » Jamas el premio
 » De mi perdida
 » Felicidad.
 » Tímida boca,
 » Nunca le digas
 » La pasion loca
 » Del corazon,
 » Adonde oculto
 » Está su templo,
 » Y ofrenda y culto
 » Lágrimas son.»
 Mas digera, pero el llanto
 En que sus ojos abundan
 Le interrumpe, y las palabras
 En la garganta se anudan.
 Cuando, junto á la ribera,
 En un valle adonde muchas
 Del árbol grato á Minerva
 Ópimas ramas se cruzan;
 Súave cuanto sonora
 Lisardo otra vez escucha,
 Que, enamorando los ecos,
 Tales acentos modula:
 » Prepara el ensayo
 » De mas atractivos
 » La rosa en los vivos
 » Albores de mayo:

» Si al férvido rayo
 » Su cáliz espone,
 » Que el sol la corone
 » En premio ha logrado,
 » Y es gloria del prado
 » Y amor de Dione.
 Ó fuente, en eterno
 » Olvido quedaras,
 » Si no te lanzaras
 » Del seno materno:
 » Tal vez el invierno
 » Tu curso demora,
 » Mas tu vencedora,
 » Burlando las nieves,
 » Á tu ímpetu debes
 » Los besos de Flora.
 » Y tú, que en dolores
 » Consumes los años,
 » Autor de tus daños,
 » Por vanos temores;
 » En pago de amores
 » No temas enojos,
 » Enjuga los ojos,
 » Que el Dios que te hiere
 » Mas culto no quiere
 » Que audacias y arrojos.»
 Rayos son estas palabras
 Que al ciego jóven alumbran,
 Quien su engaño reconoce
 Y la voz que las pronuncia.
 Y al valle se arroja, adonde
 Testigos de su ventura
 Fueron las amigas sombras
 De la noche y selva muda.
 Mas muda la selva en vano,
 Y en vano la sombra oscura:
 No sufre orgullosa Venus
 Que sus victorias se encubran.
 Lo que celaron los ramos
 Las cortezas lo divulgan,
 Que en ellas dulces memorias,
 Con emblemas, perpetuan.
 Las Nayades en los troncos
 La fé y amor que se juran
 Leyeron, y ruborosas
 Se volvieron á sus urnas.

J. M. MAURI.

Noticias

DE

FERNANDO DE HERRERA.

De pocos literatos hay menos noticias que de este poeta Sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar, que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyesen sus contemporáneos tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dejado ignorar cuando nació, cuál fue su suerte y cuando ó dónde murió. Franciseo Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesías, haciéndolas reimprimir en Sevilla después de la muerte del autor en 1619. Ya en 1582 se habia publicado en dicha ciudad un tomo de sus versos y en 1580, sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo XVI, supuesto que vivió hasta una edad muy avanzada y que ya habia muerto en los primeros años del XVII. Por una desgracia que se ignora, pereció el manuscrito de las poesías que tenia preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se habia dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro. = D. J. M. DE QUINTANA. (*Coleccion de Poesías Castellanas*.)

-- Puede añadirse á estas breves noticias que el poeta Herrera fue conocido y admirado en Sevilla del gran Lope de Vega, siendo éste muy jóven, y que la célebre Eliodora de sus versos, donde respira toda la delicadeza del mas puro Platonismo, fue la condesa de Gelves, dama sevillana.



MUSICA SAGRADA.

Gran funcion anual en la Catedral de San Pablo de Londres.

En uno de los primeros jueves de este mes se verifica todos los años en la catedral de S. Pablo de Londres una funcion, tan grandiosa y diferente de todo lo que se suele ver en este género, que no es posible formarse idea de ella sin presenciarse. Pero al menos darémos aqui una ligera noticia de su existencia para recordar á aquellos de nuestros lectores que hayan tenido la fortuna de hallarse en ella, la escena mas espléndida, mas sublime, y al mismo tiempo mas tierna que han presenciado en su vida, mientras que á los que no la hayan visto podrá servir tambien de satisfaccion, pues siempre la hay en considerar los grandes actos de humanidad, de puro amor de que nuestra especie es capaz, llevada al grado de civilizacion que ha llegado á alcanzar en algunos países privilegiados.

Admirable es por cierto la filantropía del pueblo inglés. Solo para citar los diferentes hospitales, los establecimientos para recoger y ocupar huérfanos, ancianos, ó desgraciados de ambos sexos, las casas de misericordia, las escuelas gratuitas, &c. &c. que se sostienen en Inglaterra por donativos ó contribuciones voluntarias, seria preciso traspasar de mucho los límites de este artículo. Baste decir de paso que lo gastado anualmente en Londres en establecimientos de caridad y beneficencia se gradua en 850,000 libras esterlinas, que vienen á ser unos 85 millones de reales.

Entre esta inmensidad de instituciones filantrópicas hay 237 escuelas de parroquia, en que se visten y educan constantemente de 10 á 12000 niños y niñas pobres, los que se reunen en la catedral el dia anunciado para dar gracias al Ser Supremo por los beneficios que les dispensa. Se celebra con este motivo un oficio divino solemne

y entonan los salmos y antífonas 6 ó 8000 de aquellos inocentes á la vez, acompañados del órgano. El efecto es verdaderamente inesplicable. No es posible dejar de conmoverse profundamente al oír ciertos versículos y sobre todo el salmo 99 de la vulgata latina ó 100 del testo hebreo: *Jubilate Deo omnis terra* &c. cuyas ideas se adaptan de tal modo á esta ocasion que parece escrito expresamente para ella. Asi se observa que la mayor parte de los concurrentes no pueden contener las lágrimas. Se dice de Haydn que la primera vez que presencié esta funcion fue tal su conmocion que exclamó absorto: «Confieso que no me habia formado ni la mas remota idea de lo que es este espectáculo. Ahora veo que los hombres no pueden disfrutar de otro alguno sobre la tierra que le sea comparable.»

La union y la exactitud con que cantan estos niños y que tanto sorprende, dimanar de que ademas de estar acostumbrados á cantar todos los domingos en sus respectivas parroquias con el órgano, se preparan para esta funcion con varios ensayos parciales y uno general en la misma catedral, que se verifica dos ó tres dias antes y al cual es fácil entrar pagando 6 peniques ó 2 reales y medio. Pero no es tan sencillo introducirse en la catedral el dia mismo de la funcion, porque es preciso para ello presentar un billete que solo pueden dar los patronos de las escuelas. De este modo consiguen que la concurrencia no pase del número que puede colocarse cómodamente, y que sea tal que se presente con la decencia y decoro propios del acto. Pero aun asi se reúne un gentío inmenso que no deja de contribuir también al efecto, igualmente que la magnificencia del hermoso templo y el orden y sencillez con que todo en él se ve arreglado.

Debajo de la media naranja, en lo que llaman crucero, están dispuestas las gradas para los niños de un modo muy vistoso y dejando solo un círculo en el centro vacío. Desde este círculo se estienden en toda la longitud de la gran nave las inmensas graderías para la colocacion del público, que se van elevando poco á poco hasta una altura formidable. Desde cualquier punto de estas graderías, pero particularmente desde los bancos mas

altos, el cuadro que se presenta á la vista es del todo portentoso, imponente, indescribible. ¡Una muchedumbre tan extraordinaria en silencio! Allá abajo á lo lejos el círculo solo del que parten en todos sentidos rayos ó fajas de diversos colores formados por los que visten los niños segun las parroquias á que pertenecen. Estos colores resaltan mas por los espacios blancos que de cuando en cuando los intercalan y que son las niñas, pues llevan todas gorritos blancos aunque en lo demas del traje se diferencian tambien segun las parroquias. En lo mas alto de cada grada se halla colocada la bandera de la parroquia á que pertenecen los que la ocupan. En una palabra, cada clase, cada individuo, cada cosa está en su lugar, y este lugar es el mejor para su objeto. Al mismo tiempo el de la funcion en sí, que no se aparta un punto de la imaginacion, es tal, que da lugar á reflexiones sin término, y reflexiones tan halagüeñas! tan consoladoras!....

En fin, esta es una de aquellas cosas que no hay espresiones para elogiar como tampoco las hay para describirlas, y asi concluirémos por decir, que entre los diferentes espectáculos gigantescos y verdaderamente asombrosos que solo se ven en Inglaterra, ocupa tal vez el primer lugar esta reunion anual de los niños de la caridad.

S. DE M.

TEATROS.

La semana empezó felizmente. El público saludó con justos aplausos al nuevo ingenio, aparecido en la escena con tan bella recomendacion como es el drama en dos actos, titulado: *Incertidumbre y Amor*. Mucho acierto en su combinacion dramática: caracteres bien bosquejados, aunque poco desenvueltos por no permitirlo el corto espacio de dos actos, que la infundada timidez del autor no ha osado ensanchar: sales felicísimas: versificacion deliciosa, fácil: diálogos vivos, y cierto tono de buena sociedad, desterrado de la escena por Mo-

ratin, para sustituirle las pilladas de *D. Claudio* y los ungüentos de *D. Roque*: he aquí las dotes con que se lanza á la carrera dramática el jóven D. EUGENIO DE OCHOA. Ya las columnas de este periódico han dado lugar á sus hermosos versos, y nuestros lectores han simpatizado con el canto melancólico del poeta; pero el teatro le abre sus puertas, y alentado con la lisongera acogida que acaba de merecer, tenemos derecho á esperar que, depuesta la desconfianza, suelte el vuelo á su imaginación, y presente en la escena cuadros de mayores dimensiones, de tantos con que brinda nuestra fecunda historia. En cuanto á la ejecución, la Sra. *Matilde Díez* cogió un nuevo laurel en el papel de *Luisa*: su exquisita sensibilidad, expresada por aquel órgano encantador, penetraba hasta lo mas hondo del alma; y algun jóven guerrero que acaba de ver impávido correr á los golpes de su sable la sangre rebelde en los campos de Navarra, sintió deslizarse por su mejilla alguna lágrima, oyendo desde su luneta los mágicos acentos de la jóven actriz. ¡Plegue á Dios que estos elogios que la prodigamos, justos sin duda, no se conviertan en daño suyo y nuestro! Sírvanla solo para decir con aquel sabio: *nada creo haber hecho mientras me quede algo que hacer*. El Sr. *J. Romea* crece en talento por instantes: en cada nuevo papel nos parece mejor actor: espresó con suma maestría el carácter débil, indeciso de *Ernesto*, hizo sentir, sin declamación, la armonía de los lindos versos de su papel, y juraríamos que al oírse los recitar, cualquiera diría que los sabe hacer. Tenemos vivos deseos, (y sea dicho al paño) de que riña por algunos dias con su pantalon *garans*. -- El Sr. *Pacheco* no ha sido tan amanerado como de costumbre: hemos creído vislumbrar que ha intentado dar color á su papel, y no puede negarse que tuvo algun momento de acierto. -- La Sra. *Lamadrid* nos pareció bien: hizo con naturalidad su papel.

La entrada fue muy corta: el público que no asistió á la primera representación de un drama original de un ingenio nuevo, al paso que se queja de que solo se hacen traducciones de *Scribe*, acudió con ansia dos dias después á ver un titiritero tirar bolas con una mano y cogerlas con

otra. Esta apatía, esta indiferencia desanima á los jóvenes autores. Silve el público el drama que no agrade, sívelo en buen hora; esto estimula lejos de desalentar, pero no deje desiertos los bancos cuando se le anuncia una obra nueva.

En el teatro del Príncipe se ha vuelto á poner en escena la *Expiación*, y ha desempeñado el papel de *Morazzi* un actor nuevo. Su figura es agradable, su fisonomía muy buena, su voz excelente: de su talento artístico no podemos juzgar, porque el papel que ha hecho es de rutina; pero nos atrevemos á pronosticar que puede ser algo con el tiempo. = VENTURA DE LA VEGA.

LA RUINA

Del Clasicismo.

Soneto.

La madre divina del Verbo eternal
Arroja la turba de dioses vencida
Del templo de Roma, su augusta manida, (1)
Y el trono allí asienta con pompa triunfal.
De dioses monstruosos el bando infernal
Vaga por el mundo, rugiendo en su huida;
Mas el *Clasicismo*, dándole acogida,
Le ampara, le adora con culto brutal.
Empero en las alas del *Romanticismo*
Volando la Virgen ardiente fulmina
Terríficos rayos al vil paganismo:
Le embiste, le acosa, le vence, extermina;
Y á par su castillo, ciego *Clasicismo*,
Hundiéndose al orco, por siempre se arruina.

J. M. B.

(1) El panteon de Roma donde se veneraban cuantos ídolos conocian los romanos, hoy Santa María la Rotunda, célebre y suntuosa basilica de la capital del orbe cristiano.

ESTAMPA: Fernando de Herrera.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



ERCILLA.







Pl. Lit. de Madrid.

Los dos Artistas.

